

SAN JOSE, COSTA RICA

25 Noviembre 1912

Año II



Núm. 46

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCÓ, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

Antagonismo social.....	<i>Anselmo Lorenzo</i>
Historia de las ideas morales.-XI. Moral cristiana...	<i>Paúl Gilie</i>
Los partidos políticos en Francia.....	<i>Francis Delaisi</i>
La doctrina racional del siglo XX.-II. El átomo vivo.	<i>Aristide Pratelle</i>
El carácter.....	<i>C. González Rucavado</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

Hemos recibido y tenemos ya a la venta, la bella obra

MARIA

del escritor colombiano Jorge Isaacs, uno de los más afortunados prosistas de la América, que tan alto nombre pudo alcanzar en la literatura universal. La insistencia con que esta novela es solicitada en donde quiera que el habla castellana campea, se explica por el alto interés sentimental que ella representa. Ese compendio de amor y de infortunio, vivirá mientras no muera el sentimiento que le ha dado origen.

La vendemos en tomos lujosamente empastados de los de la Biblioteca Domenech, a **cuatro reales** cada uno.

Puntos de venta.—En SAN JOSE, Librería Falcó, 7ª Avenida, Este, 247 y Barbería Española; PUNTARENAS, Juan Bta. Romero Casal; ALAJUELA, Calvo Fernández & Cº; NARANJO, Demetrio Cordero; HEREDIA, Rafael J. Elizondo; SANTO DOMINGO, R. Chaves; ESCASÚ, José J. S. Aguilar; ATENAS, Tomás Venkins.

Dirección: 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**

Acusando recibo

DOS OBRAS NUEVAS

Acaba de publicar la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, dos importantes obras del ilustre antropólogo, médico y escritor italiano Pablo Mantegazza, que llevan por título *Higiene del Amor* y *Los Amores de los Hombres*.

Las producciones de este sabio catedrático, de fama universal, tienen como distintivo la claridad y el arte exquisito con que aborda los más difíciles e interesantes temas relacionados con el amor, desde el punto de vista biológico y social, contribuyendo así al engrandecimiento de la ciencia con multitud de estudios, descubrimientos y teorías.

El rumor que se levantó en torno de los libros de este insigne autor, cuando por primera vez veían la luz en Italia, fué desvanecido por la serena crítica, y los adversarios de Mantegazza tuvieron que sumirse en el silencio por no tener el valor de retractarse. Pasado aquel huracán, *Los Amores de los Hombres* y *la Higiene del Amor* fueron en seguida traducidos a otros idiomas, siendo acogidos por los nuevos lectores con el favor del éxito, pues para Mantegazza, todas las cábalas, todos los casuismos del pudor en el arte y en la ciencia, se concretan en esta afirmación: «En arte, la belleza. En la ciencia, la verdad».

Los Amores de los Hombres y *la Higiene del Amor* (2 tomos cada obra), se venden en todas las librerías al precio de **cuatro reales** cada tomo.

Ad.

Hemos recibido un folleto, muy bien impreso, titulado *Bases del Centro de Estudios Sociales Germinal*, y que contiene una explicación somera de los procedimientos adoptados por ese centro para llevar a cabo su objeto de difundir entre los trabajadores la cultura sociológica, como medio de coadyuvar a su emancipación. De la lectura de dicho folleto se deduce que el centro «Germinal» está preparado para encaminarse con ventura hacia el porvenir hermoso que muy sinceramente le deseamos.

Quien desee obtener esas bases, diríjase al apartado 883, San José de Costa Rica.

En el número 23 de la C. ARIEL hay una carta magnífica de Leopoldo Lugones. Se titula *La política y los pueblos*. Recomendamos su lectura a los estudiosos y a los trabajadores. El Epítome número 23 también contiene algunos versos y un cuento extraño de Lugones. Se vende el folleto a ₡0-25 en la librería del señor Montero.

San José, Costa Rica

— 25 Noviembre de 1912 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 46

Antagonismo social

Dada la existencia de un antagonismo social, resultado del antagonismo de intereses individuales, existe consiguientemente un estado de guerra, llamado por unos lucha de clases, fundados en que las injusticias que se cometen en defensa del privilegio y contra los expoliados obligan a éstos a la defensa propia y al ataque contra sus enemigos directos, y por otros lucha social, porque consideran que no se trata sólo de emancipar económica y políticamente a una clase, sino a todas.

Cuestión de nombre o de punto de vista, indiferente mientras no se mezcle demasiado el atavismo o la escolástica, de que han de huir los trabajadores como de un peligro y de un vicio de funestas consecuencias.

La verdad es que siendo el privilegio tan antiguo como la primera desviación de la sociedad humana, es correlativa la antigüedad de la explotación y de la tiranía.

En todos los tiempos los privilegiados detentaron el poder, definieron los dogmas, usurparon las riquezas naturales y las producidas por el trabajo e impusieron a los desheredados la obediencia, la fe, la producción y la miseria, y si bien la historia consigna algunos raros destellos de digna rebeldía, tales como el movimiento de los setenta mil esclavos acaudillados por Espartaco, contra la soberbia de los patricios de Roma, y la *Jacquerie* de la Edad Media, movimiento de los campesinos contra los aristócratas,

nunca hasta los tiempos presentes había tomado la rebeldía carta de naturaleza constante y generalizada.

Existen clases, ya que no han podido sobrevivir las castas; existe antagonismo entre esas clases; está definido el natural, el primitivo, el único ideal social, el que con lógica incontestable se desprende de la unidad de la naturaleza humana, el de la fraternidad por la participación de todas y de todos sin la menor exclusión en el patrimonio universal, formado con todos los bienes naturales y con el trabajo, la observación, el estudio, la metodización, el pensamiento, el sentimiento y la adaptación de hombres y mujeres de todos los tiempos y de todos los países, y únicamente La Internacional, el proletariado, los trabajadores conscientes que no se dejan agrupar tras señuelos embaucadores por burgueses astutos, son los que presentan el verdadero ideal racional humano.

Tan manifiesto es ese antagonismo, que ya apenas pierden el tiempo los privilegiados en discurrir sobre concordancias sociales, sobre la armonía entre el capital y el trabajo, dejando a los poderes públicos que extremen la tiranía dictando leyes excepcionales contra los trabajadores que no saben morir pacíficamente en un rincón, acosados por la miseria.

No hemos codificado los trabajadores ese derecho romano, que no puede ser inmortal sino perecedero y ya decrépito, ni es monumento de glorias

sino argolla esclavizadora; no somos nosotros culpables sino víctimas de esa legislación que establece que los frutos, clasificados en naturales, industriales y civiles, sean despojados de ellos en virtud de un precepto según el cual la propiedad de los bienes da derecho por accesión a todo lo que ellos producen, o se les une o incorpora, natural o artificialmente, y que

eterniza esa injusticia, transmitiendo por herencia esos bienes, con esos supuestos derechos, a recién nacidos, que encuentran en su cuna un título que hace mezclar la lactancia mercenaria que les alimenta con sudor, sangre y lágrimas de infelices estrujados por la usurpación legal.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

XI

Moral cristiana

Como es sabido, creíase generalmente entre los judíos que su religión y su nación, porque las dos cosas eran una sola, en razón de su origen divino, habían de durar tanto como el mundo. Como consecuencia, había llegado á ser evidente que, vencida por la superioridad de las armas romanas, la nacionalidad judía iba a perecer. Luego el fin del mundo estaba próximo, y era necesario prepararse a él haciendo penitencia: eso enseñaba Juan por el símbolo de su bautismo purificador; pero Juan se limitaba a predicar las necesidades de una reforma de las costumbres sin explicar en qué consistía tal reforma. Esa tarea estaba reservada a Jesús, el mayor de sus discípulos.

Jesús no enseñó ningún dogma; no se presentó como filósofo ni como fundador de una religión. Como Confucio y Sócrates, se limitó a la misión de moralista.

Si tenida en cuenta la dulzura y la mansedumbre debidas al carácter eseniano de su autor, y despojada la moral evangélica de aquellas máximas generales: «Ama a tu prójimo como a tí mismo, no hagas a otro lo que no quieras que te hagan, etc., etc.», que constituyen el fondo mismo de toda moral, que todos proclamaban y que encontramos en las obras de escritores mucho más antiguos, se busca lo que es propio y especial de esa moral, pronto se

llega a comprender que su objeto, menos que enseñarnos a vivir bien, trata de enseñarnos a bien morir.

El Evangelio, cuando se le estudia sin preocupaciones hostiles ni favorables, no es más que el testamento de una sociedad agonizante.

¿A qué trabajar si no se extinguirá la generación presente antes que llegue el fin del mundo? Trabajan los infieles, ya que no saben que los lirios no hilan ni cosen, y sin embargo, están más ricamente adornados que Salomón en toda su gloria, ya que ignoran que nuestro Padre celestial no permite que carezcan de nada los que tienen fe en él. No busquéis las riquezas, porque es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino celestial; no tratéis de instruiros, porque la felicidad eterna es para los pobres de espíritu.

¿Qué ha de hacerse? Ayunar y orar; perdonar a vuestros enemigos para que Dios os perdone vuestras ofensas, porque el día del juicio se acerca.

Parecen extractos de los *Vedas* ó de las leyes de Manú esos textos del Evangelio. No se olvide que Jesús era esenio, y que los esenios eran entre los judíos los representantes del pensamiento sincretista que tuvo su origen en la India.

Con esa moral pueden hacerse ana-

coretas o frailes, jamás se harán ciudadanos ni hombres en el completo sentido de la palabra. Porque Jesús, como observa Brothier, que jamás pronunció la palabra *patria*—ni en el sentido más indeterminado—ni la palabra *libertad*, no trataba de hacer ciudadanos ni hombres completos para esta tierra que iba a perecer, sino santos dignos de ser admitidos en el reino de los cielos; su moral era tan poco práctica, tan poco a propósito para dirigir el mundo, que los que la han adoptado han comenzado por huir del mundo y refugiarse en la soledad.

Como observa Letourneau, la moral greco-romana, con sus cualidades y sus imperfecciones, era laica y sobre todo cívica; la moral cristiana fué ascética. El cristianismo, en el mundo oriental, cambió completamente el objeto mismo de la ética: la vida terrestre fué considerada desde entonces como un tránsito, como un destierro, del que se trataba de salir para llegar a la Jerusalén celeste, para lo cual había que acatar unas órdenes tenidas por divinas, cualquiera que fuese su resultado en este bajo mundo. El gran deber consiste en amar a Dios y obedecerle; el gran escollo es el pecado, y aun el pecado, San Agustín lo afirma, no se evita sin la complacencia de la divinidad, con el auxilio de la gracia. El cielo es todo; la tierra nada.

Poco a poco y lógicamente se constituyó la filosofía del cristianismo, y el espiritualismo, que hasta entonces no había sido más que una filosofía, llegó a ser una religión. Pero ese trabajo de elaboración duró cinco siglos completos, y puede decirse que hasta que San Agustín, uno de los más ilustres entre los Padres de la Iglesia, dió la última mano, no se acabó la obra y el sobrenaturalismo cristiano tuvo su fórmula definitiva.

No obstante, desde el principio de la predicación cristiana, y en virtud de su mismo espíritu, la materia, el cuerpo, este bajo mundo, fueron despreciables y viles: el objeto de la vida

era el cielo, «el otro mundo»; el ideal moral era la santidad; la abstinencia, la renuncia, las maceraciones y la mortificación fueron los medios por excelencia para alcanzarle, y el desprendimiento ascético de los hindus fué imitado y hasta excedido, mientras una dulzura resignada y anonadadora, como debilitado eco del budismo, impregnaba sobre todo la moral evangélica.

Se ha dicho con razón que la ética dulce, misericordiosa y resignada de los evangelios no era nueva, y en realidad, bajo ciertos aspectos, no era más que una copia debilitada del budismo. *El amor del prójimo* se remonta al vedismo, en el que había tomado una forma más amplia. Los *Vedas* y el *Manava-Dharma Sastra*, el *Itihasa* y el *Purana*, no cesaban de predicarle. En la antigüedad greco-romana también se halla en Cicerón y en Pitágoras el sentido de la caridad. En cuanto a la célebre fórmula: *Ama a tu prójimo como a tí mismo*, se halla en los escritos de uno de los discípulos inmediatos de Confucio, y formaba parte de la enseñanza de uno de los moralistas más notables de la Judea, Hillel el Antiguo, que pertenecía a la escuela farisaica y vivía un siglo antes que Jesús. Esta otra sentencia: *No hagas a otro lo que no quisieras que te se hiciera*, estaba escrita en el capítulo IV, 16, del libro de Tobías, que todos los judíos sabían de memoria.

Lo que pertenece al cristianismo es la leyenda de su Cristo dulce y bienhechor en su vida, salvador por su muerte trágica; en una palabra, revestida de todo el prestigio moral del Justo mesiánico anunciado por los profetas y por Platón.

Compréndese el amor que sentirían por el *Hijo del hombre*, como se nombraba a sí mismo, todos los torturados, todos los tiranizados, todos los heridos por la dominación romana; aquel sublime proletario que había pasado, según decían sus discípulos, consolando, ilustrando, curando y purificando los enfermos del alma y del corazón.

Para que fuese la sensible personificación de todos los dolores antiguos, él mismo había sido un pobre rechazado a quien su familia había acusado de locura; un enemigo de los sacerdotes que le acusaron, presentándole como el gran innovador moral que había de abrogar la vieja ley.

Los discípulos directos del Cristo, que habían oído y comprendido sus enseñanzas, las pusieron en práctica en sus primeras comunidades, inspirados, como lo enseña San Lucas, en la más completa fraternidad comunista.

«La multitud de los que habían creído no tenían más que un corazón y un alma. Ninguno era propietario de sus bienes, sino todo era de todos...

»Y una gran gracia reposaba sobre todos.

»Porque no había entre ellos ningún indigente: todos los que tenían campos o casas los vendían, aportaban el precio de la venta y lo depositaban a los pies de los apóstoles, haciéndose después distribuciones a cada uno según sus necesidades». (*Actas de los Apóstoles*, IV, 32).

Era aquella verdaderamente la repartición comunista; pero de la producción, la enseñanza evangélica, enemiga del trabajo y de toda ocupación terrestre, no se había preocupado. El producto de los bienes de los fieles, tal era el único manantial de ingresos, según la palabra del Maestro: «Vended lo que tenéis y dad el precio a los pobres». Precepto absurdo, y cuyo cumplimiento acabaría en el despojo voluntario de todos los buenos en beneficio final de los rapaces y de los malos.

Además, tal precepto, fundado sobre este principio: «Siempre habrá pobres entre vosotros», supone el mundo perpetuamente dividido por la desigualdad de condiciones.

La moral evangélica, en efecto, como se ha hecho notar repetidas veces, necesita del desgraciado víctima de la miseria que vive a expensas de otro, para que la caridad cristiana—que tiene por objeto, no el consuelo

espontáneo de los sufrimientos humanos, sino una recompensa después de la muerte—pueda ejercerse. En esa misma preocupación extraterrestre, el Evangelio declara a Marta, la mujer trabajadora y previsora, inferior a María, la mujer mística, y reniega y censura implícitamente la justicia en la parábola de los obreros empleados en la viña, en que «los venidos últimamente serán recompensados los primeros».

Tales son, desde el punto de vista social, las taras esenciales de la moral evangélica.

Reacción exagerada contra el sensualismo baálico y olímpico, cerrado al trabajo y a la justicia, la ética cristiana fué en realidad antihumana.

El carácter antihumano fué aún reforzado por el paulismo.

A San Pablo remonta, en efecto, la responsabilidad de la nefasta doctrina absolutista que triunfó a pesar de los esfuerzos de los discípulos directos de Jesús, y especialmente de Santiago.

Siendo Dios tan inmenso y el hombre tan poca cosa, la conclusión se imponía por sí misma: el hombre virtuoso no tiene derecho alguno a la justicia divina; la gracia es todo, la moralidad humana nada; la fe es superior a las obras.

Que Pedro, Santiago y sus celadores jerosolimitanos hayan sido, como dice Renán, hombres de cortos alcances, pedantes testarudos, sectarios limitados, es posible. Que hayan cometido la torpeza de querer que el cristianismo se redujera a las mezquinas proporciones de una renovación judaica, es indudable. Pero no es menos cierto que los primeros apóstoles observaron fielmente las enseñanzas fraternales del Evangelio.

Pablo, a quien Renán, su admirador, se ve obligado a calificar de orgulloso, ferozmente autoritario, fanático, agriado por sus fealdades físicas, celoso y observando una conducta por la que los atenienses le tomaron por un charlatán, no merece todo el ho-

nor de la predicación a los gentiles. En la admirable comunidad de Antioquía, aquella en que los fieles recibieron por primera vez el título de «cristianos», tuvo origen el cristianismo cosmopolita, en que el «apóstol de los gentiles» se hizo el protagonista, ampliando la propaganda, pero restringiendo al mismo tiempo el dogma, que encerró en los estrechos límites de su farisafismo duro y antihumano. Ese fué su gran crimen y un mal irreparable.

En lugar, pues, como Augusto Comte y Baur, que relegan a Jesús entre los vulgares suplicados, de tener a Pablo, ese fanático de corazón de hierro, por el fundador del cristianismo, no ha de verse en él más que al demasiado poderoso corruptor del evangelismo.

Pero el mayor codificador absolutista del cristianismo, el gran despreciador de la moralidad humana, fué Agustín. Pablo pisoteó el esfuerzo moral del hombre; Agustín lo pisoteó con la rabia insaciable de un disoluto pasado al fanatismo religioso.

«Todos los hombres—dice—han merecido la condenación. Si algunos, sin mérito alguno por su parte, son exceptuados, débese al puro esfuerzo de una misericordia gratuita. Todos los demás sufren un justo castigo.

«La salvación no puede hallarse en parte alguna más que en la Iglesia católica. Imaginad un hombre de excelentes costumbres; si carece de fe no le producirán ninguna ventaja. Tómese otro cuyas costumbres no sean tan buenas; si posee la fe, puede obtener la salvación a que el primero no puede llegar».

«Toda justicia—dice además—en que no es el móvil la piedad, no es justicia».

Y en otro lugar:

«Dios ha dicho: no matarás; pero si no hay prohibición no hay crimen, y si Dios, por una prescripción especial, ordena matar, el homicidio es una virtud.

«Con la del bien de los herejes se les obliga a cambiar de fe. Obrar de

otra manera respecto de ellos, sería hacerles el mal por el mal. Compárese lo que hacen los herejes y lo que sufren: matan almas, se les castiga en sus cuerpos. ¿Pueden quejarse de recibir la muerte corporal los que infligen la muerte eterna?

«Los buenos y los malos pueden hacer lo mismo, pero con designios diferentes. Por justa serenidad y por amor, los buenos persiguen a los malos».

Tal es la teoría misma de la intolerancia, y San Agustín expone aquí los principales argumentos que la Edad Media había de invocar después.

Los axiomas antimorales y antihumanos cuya paternidad corresponde a San Agustín son innumerables. He aquí algunos:

La fe debe preceder a la inteligencia.—La Escritura Santa es la autoridad absoluta, no solamente en asuntos de fe, sino también en los de ciencia.

—Las virtudes de los paganos no son sino vicios brillantes.—Fuera de la Iglesia no hay salvación.—La autoridad política debe intervenir contra los herejes.—Los herejes han de ser forzados a volver a la iglesia.—Por derecho divino todo es de los fieles; los infieles no poseen nada legítimamente.»

Leáse la *Ciudad de Dios*; en ella casi todo es horrible.

Tau conforme al espíritu católico era la teoría agustiniana y tan bien hizo la ley en la Iglesia, que ochocientos años después, el teólogo soberano de la Edad Media, Tomás de Aquino, usaba el mismo lenguaje: «Si los falsarios—dice—y otros malhechores son justamente castigados por los príncipes seculares, con mayor razón deben ser, no sólo excomulgados, sino castigados de muerte, los herejes convencidos. La Iglesia atestigua ante todo su misericordia para la conversión de los extraviados, porque no los condena hasta después de una primera y de una segunda represión; pero si el culpable es obstinado, la Iglesia, desesperando de su conversión y velando por la salvación de todos, le separa de su seno por su sentencia de excomunión y le entrega al juicio secular para

que le separe del mundo por la muerte. Como dice San Jerónimo, las carnes pútridas deben ser cortadas, y la oveja sarnosa separada del rebaño, por temor de que toda la casa, todo el cuerpo, todo el rebaño, sean atacados por el contagio, dañados, podridos y perdidos. Arrio no fué más que una chispa en Alejandría; más por no haber sido extinguida de un solo golpe, aquella chispa inflamó el universo».

Así hablaba «el doctor angélico».

A su vez, el más ilustre Padre de la Iglesia moderna, Bossuet no habla de otro modo. No contento con impulsar la intolerancia, tomando gran parte en la *Revocación del Edicto de Nantes*, crimen irreparable que causó tantas injusticias y tantos dolores, y cuya consecuencia final, resentida aún, fué la decadencia de Francia, el «Águila de Meaux», hizo historia imitando a San Agustín.

Se le vió a continuación, después de haber glorificado la esclavitud, sostener, contra el protestante Jurieu, que antes que Rousseau reclamaba el *contrato social*, que los pueblos no tenían derechos y sólo existían por los príncipes.

No siendo eso bastante para aquella ruda y cruel alma de sacerdote, fiel a la tradición y a la lógica, en sus *Elevaciones* y en su *Sermón sobre la unidad de la Iglesia* se hizo el apologista y el apóstol del *odium theologicum*, de la ferocidad teológica contra los impíos y los herejes.

Así fué agarratado el pensamiento humano durante los quince siglos de la dominación católica, y así también la religión de Jesús ha pesado moral y materialmente con espantosa tiranía. Desde Constantino y Teodosio hasta el principio de la historia contemporánea, la Iglesia se arrogó altanaramente el derecho de persecución y usó de él ampliamente.

El mundo antiguo, sobre todo el imperio romano con su disparatado Panteón, practicó la tolerancia religiosa hasta el día en que el cristianismo socavó su misma constitución política. Los cristianos tuvieron entonces

sus mártires, y esos mártires son dignos de admiración: nada más bello que sacrificarse por lo que se cree ser la verdad; pero, apenas en el poder, los perseguidos excedieron con mucho en crueldad a sus perseguidores. Las prácticas del culto pagano se convirtieron en crímenes de alta traición, que el código teodosiano castigó sin vacilar con pena de muerte; los templos, hasta los más bellos, fueron demolidos y destruídos los ídolos. Mientras que, según Gibbón, la gran persecución de Diocleciano cortó la vida a unos doscientos mil cristianos, Llorente evalúa a cincuenta mil el número de familias exterminadas por la Inquisición *solamente en la España continental*. En el mismo país se quemaron unas treinta y dos mil personas, porque la Iglesia *abhorret a sanguine*. Y Grocio calcula que, sólo en los Países Bajos, fueron juzgados y ejecutados cien mil herejes bajo Carlos V.

De esa manera, montando campos de carnicería y lugares de tormento, la dura intolerancia entró en las costumbres, matando en germen todos los progresos morales, hiriendo, no sólo a los herejes y los filósofos propiamente dichos, sino a los hombres de ciencia como Galileo y a los innovadores industriales como Bernardo Palissy.

Tales fueron los crímenes del absolutismo teológico, que vino, por un desarrollo lógico y natural, a unirse al ascetismo evangélico original.

Conócense los efectos antihumanos del ascetismo, su deprimente espíritu de renuncia de la vida y de la acción, aportándonos de Oriente, con la pasividad resignada en un ideal de santidad, su doctrina de mutilación y de muerte. En vista de esta santidad, objeto supremo de la existencia, era necesario, en cuanto fuera posible, ser fraile, o a lo menos regular la vida según el ideal monástico.

El monaquismo tomó enormes proporciones: San Pacomio gobernaba siete mil cenobistas; en tiempo de San

Jerónimo hubo reuniones de cincuenta mil monjes. Fué necesario llevar una existencia maquinal y no pensar. «Un religioso—dice la regla de los agustinos—debe dejarse guiar, como una bestia de carga, por la correa de la obediencia».

La austeridad se llevó hasta la loca obligación de mortificarse a sí propio y a rebelarse no menos locamente contra las condiciones de la vida humana, contra la Naturaleza misma. La cosa se llevó a tal punto por el rebaño de los comentadores, que la limpieza se convirtió en vicio, la higiene en crimen y la suciedad en virtud. Siendo el cuerpo profundamente despreciable, había de ser descuidado; el abandono de sí mismo se hizo agradable a Dios: San Antonio no se lavó nunca los pies; San Ammón no se vió jamás completamente desnudo; Silvia, hermosa virgen de diez y seis años, sólo se había lavado los dedos de las manos; Paula y Melania, cuya conciencia estaba dirigida por San Jerónimo, creían que los baños ensucian.

Pero la virtud de las virtudes era la castidad: todo lo que se refería a la unión de los sexos fué reputado horrible; la mujer fué el gran enemigo; debía avergonzarse de su sexo, de su belleza, de su vestido. Apenas fué tolerado el matrimonio. «Más vale casarse que quemarse»—dice San Pablo. San Jerónimo no veía en el matrimonio más que un buen lado: «Producía vírgenes».

Esos lados antihumanos de la moral cristiana han sido vivamente censurados por los protagonistas del utilitarismo moderno.

«Los sufrimientos sin provecho—se lee en *La religión natural*, de Jorge Grote,—las privaciones inútiles que resultan de las prácticas impuestas, como el ayuno, el celibato, la abstinencia de comidas, de los placeres de la sociedad, de la alegría y de remedios durante la enfermedad, la renuncia a la estimación pública, son las bases de esa moral religiosa.

»Vienen después los terrores religiosos, el temor deprimente y atroz del infierno: tal es el estado natural de un hombre perpetuamente fijo en la idea de un mundo invisible. No sin inquietud se abandona a prácticas destinadas a evitar una suerte desgraciada en este mundo, que lleva consigo el temible peligro siempre presente a la imaginación, resultando de tal estado de ánimo una censura constante de los goces legítimos de la vida y también de los deberes de familia y de humanidad por pueriles escrúpulos previos e injustificables remordimientos subsiguientes.

»Además, la religión nos hace detestar a aquellos que, por más prójimos y meritorios que sean, no creen en Dios o no observan las prácticas religiosas. Ese sentimiento conduce hasta el más odioso egoísmo, a la más monstruosa crueldad (abandono de sus padres por los fanatizados, y persecuciones religiosas, las más crueles de todas). La corrupción del sentido moral, la perversión del sentido intelectual, la santificación del odio antihumano, la aversión al progreso son también males religiosos.

»Con el predominio de la creencia en una cosmogonía absurda, o por mejor decir, en una teogonía, no se fijan las facultades intelectuales en las cosas útiles para la vida, y por la contradicción entre la creencia y la experiencia, se atrofia el sentido científico, o sea la reflexión indagatoria y rectificadora, lo que constituye un perjuicio gravísimo, porque toda la felicidad humana depende de los esfuerzos humanos excitados por la unión íntima de la creencia y de la experiencia. Si una creencia injustificada deprime el ánimo, así también la antipatía creada por el fanatismo religioso deprava el carácter y desarrolla un egoísmo inmodificable e inhumano. En el orden social, la creación de cleros cuyos intereses son opuestos al progreso humano y unidos siempre por sus intereses retrógrados con los «siniestros intereses de aquí abajo», constituye la eterna alianza, frecuentemente tácita,

siempre efectiva, entre los cleros y los gobiernos opresores».

En resumen, para concluir, la moral cristiana no fué, en general, inferior a las morales religiosas precedentes.

Hasta fué superior a muchas de ellas. Ante todo ha de reconocérsele una inclinación a la dulzura, a la bondad y a la pureza, que hizo de ella una oposición directa a la crueldad y a la corrupción romanas. Su triunfo fué gloriosamente ilustrado por la abolición de los circos, esa abominación nunca bastante censurada del pueblo romano, y por la fundación de los hospicios renovados del budismo. La Iglesia no abolió la esclavitud, como se ha dicho falsamente; pero predicó la dulzura y la caridad a los amos, recomendando la obediencia a los servidores.

En resumen, hizo mucho por la dulcificación de las costumbres antes de la irrupción de los bárbaros. Sin duda los moralistas estoicos y alejandrinos eran superiores a los moralistas cristianos, pero sólo los cristianos supieron proyectar sobre las masas profundas de los esclavizados y de los vencidos los reflejos de sus semiluces morales.

Faltaron pronto a sus promesas; glorificaron su Constantino, que fué un monstruo; exterminaron los arrianos, aquella flor del cristianismo, y sucesivamente persiguieron a todos los herejes que intentaron humanizar el cristianismo, recurriendo para ello a todos los medios, desde las más odiosas calumnias hasta los más odiosos asesinatos y a las más horribles matanzas. Destruyeron de todas las manifestaciones estéticas y filosóficas

de la eflorescencia griega, carecieron de fuerza moral ante los bárbaros, a quienes convirtieron, pero no moralizaron. Su religión de amor se convirtió en una religión de egoísmo, por la preocupación exclusiva de la salvación individual, y de práctica antisocial por la preferencia dada a un mundo imaginario, al que ha de sacrificarse todo en el mundo real. No pudiendo detener la vida en sus incomprensibles desarrollos, la maldijeron, no amaron al prójimo sino por el amor de Dios, hicieron de la devoción al bien público una concesión frecuentemente condenable al respeto humano. Y la mortificación voluntaria, el embrutecimiento del alma y la maceración del cuerpo fué para ellos el principio supremo de la moral.

Añadamos el respeto incondicional a las potencias y la intolerancia eclesiástica, que reinó durante quince siglos y de que el mundo mana sangre todavía, y diremos que la moral cristiana dista mucho de lo que necesita nuestra época en gestación de la humanidad íntegra del porvenir.

Se ha observado con razón que las virtudes antiguas eran masculinas: el valor, la magnanimidad, la virilidad. Todo el esfuerzo cristiano tendió, por el contrario, a feminizar los caracteres, dirigiéndose, no al razonamiento, sino a la emotividad, glorificando la humildad, la dulzura y la pasividad. Al porvenir, un porvenir que germina ya entre nosotros, corresponde operar la síntesis redentora, la armonía y el equilibrio de esas dos tendencias psicológicas, depuradas y rectificadas la una por la otra, en una moral de plena humanidad.

PAÚL GILLE

Los partidos políticos en Francia

Los financieros han convertido la Cámara en un instrumento dócil de sus voluntades.

Pero es necesario que el público no se dé cuenta de ello, y para conseguirlo, han organizado toda una *mise*

en scène ingeniosísima, destinada a regocijarle, a apasionarle y a impedirle que vea la realidad. Es una especie de comedia en la que hay:

1º Actores que aparentan batirse, y que son los partidos políticos.

2º Directores que disponen la *mise en scène* y el orden de los cuadros que han de representarse; estos directores son la Iglesia católica, la francmasonería, y hasta cierto punto, el partido socialista.

Y 3º La «claque»; una «claque» bien organizada, numerosa, alborotadora cuando se juzgue necesario que lo sea: la prensa.

Examinemos uno después de otro estos tres resortes, con ayuda de los cuales se hace mover la opinión pública.

* * *

Cuando el candidato a diputado ha encontrado dos o tres comanditarios de importancia que satisfagan, por lo menos en parte, los gastos de la elección; cuando ha agrupado en torno suyo un comité de abastecedores, cafeteros, funcionarios y demás agentes electorales que le aseguran la elección y el acta a cambio de expendedurías de tabaco, de lonjas, de ascensos, etc.; cuando, en suma, ha reunido en torno de él todo un sindicato de intereses locales cuya suerte está fuertemente ligada al éxito de su elección, entonces es cuando piensa en la masa de electores neutrales, de política no definida, que constituyen un gran número y que, por lo mismo, considera de extrema necesidad el atraerlos.

Para esto el candidato elabora un *programa*.

Todo buen francés espera siempre del Estado la mejora de su suerte. Precísase, por consiguiente, hacer a cada uno promesas de conformidad con sus intereses y deseos.

Desgraciadamente, todos no tienen las mismas aspiraciones. Cada clase social tiene las suyas, opuestas las más de las veces a las de la clase vecina. Teóricos ingeniosísimos, intelectuales avisados y sutiles (Jaurés, León Burgeois, Méline, Barrés, etcétera), se esfuerzan en formular lo más exactamente posible el ideal de cada una de ellas.

Cuando se trata de obreros de la

gran industria, que jamás en el régimen social de hoy podrán poseer las enormes y costosas máquinas de que se sirven para trabajar, y que se sienten desposeídos para siempre de los instrumentos de trabajo, se les predica, naturalmente, la socialización de los medios de producción y de cambio, la comunidad de los objetos de consumo, la supresión del salariado, la conquista de los poderes públicos, etc., predicaciones éstas que forman e integran el *Programa socialista*.

Cuando hay necesidad de dirigirse a los pequeños propietarios del campo, fuertemente pegados al pedazo de terreno que han adquirido a fuerza de privaciones, que no quieren oír nada de socialización, pero que, pobres y estrujados por los usureros, aborrecen y odian al gran propietario que los explota, al cura que los espía y al oficial que los lleva al cuartel, adonde van de mala gana, entonces se les prometerá la inviolabilidad de la propiedad, el impuesto sobre las riquezas, las milicias defensivas, el anticlericalismo y todo, en fin, lo que compone el *Programa radical o radical-socialista*.

Al dirigirse a los burgueses de las ciudades, comerciantes enriquecidos, pequeños industriales o rentistas, a quienes inquietan las tendencias igualitarias; que sienten la necesidad de un gobierno enérgico que les proteja contra el avance de los obreros y de los campesinos; que se creen casi todos «clase directora»; que sueñan con colocar a sus hijos y a sus yernos en las oficinas del Estado, y que detestan, naturalmente, a la alta burguesía conservadora, a los nobles que, durante tanto tiempo, acapararon todas las plazas en la administración, en el ejército y en la magistratura, es necesario prometerles una República protectora de los bienes adquiridos, pero laica y anticlerical; se les ofrecerá el *Programa progresista*.

Existen, por último, la nobleza y la alta burguesía reaccionaria, las que han gobernado en los regímenes precedentes de acuerdo con la Iglesia. Expulsadas de las altas funciones, se

pretenden perseguidas, y querrían reconquistar el terreno perdido, en nombre de la «libertad», etc. Y para ellas se han hecho los *Programas liberales, conservadores, nacionalistas, etc.*

Gentes hábiles han sabido condensar todas estas diferentes aspiraciones en un determinado número de «principios», apoyados y reforzados con sabias consideraciones económicas, jurídicas, históricas, etc., aspiraciones que forman otros tantos cuerpos de doctrina, apropiados lo más exactamente posible al estado de espíritu de las diferentes clases de la sociedad.

* *

El candidato, no tiene pues, otro trabajo que el de escoger el programa más conforme con las aspiraciones de sus electores, aunque, en verdad, esto no es siempre cosa fácil, pues en una misma circunscripción hay a la vez obreros, campesinos y burgueses. Entonces hay que apresurarse a confeccionar un programa *pisto*. Se promete, por ejemplo, la socialización de los medios de producción, pero jurando al mismo tiempo que se respetará la pequeña propiedad del campo. Si se quiere alcanzar los votos de los radicales, se declara que la República social debe ser ante todo redimida del obscurantismo clerical, y si, por el contrario, hay necesidad de los votos reaccionarios, se afirma que el anticlericalismo es sólo una *desviación*.

Sin duda que todo esto no es muy lógico, y que en un mismo programa hay muchas afirmaciones que se dan de cabezadas. Pero ¿qué importa? Los electores no paran mientes en cosas de tan poco bulto. Cuanto más variado sea el *menú*, más seguro estará cada cual de encontrar un plato de su gusto.

Jamás los electores de buena fe se pararon a considerar hasta qué punto estas cuestiones de principios son indiferentes a los candidatos.

Yo conocí a un negociante riquísimo que tenía precisión de un acta de diputado para el buen éxito de sus asuntos personales. Se presentó pri-

mero en el Norte con el carácter de conservador; derrotado, supo que había una circunscripción vacante en Bretaña, y se apresuró a presentarse candidato por ella. Como tenía muchísimo dinero y grandes influencias, los jefes del Comité le incluyeron sin trabajo en la lista de candidatos. Desgraciadamente este Comité era radical, y uno de los que lo formaban, bravo militante honrado, pero cándido, que se había enterado del pasado del candidato en cuestión, creyóse en el deber de hacer algunas reservas. «No sabemos—le dijo—si usted será todo lo radical que nosotros queremos.»

«¡Eh, mi amigo—contestó el futuro diputado—, *seré tan radical como sea necesario!*»

En efecto, durante toda la campaña electoral, este antiguo conservador habló de la separación de la Iglesia y del Estado con tal entusiasmo y tal calor y con tanta «convicción», que fué elegido, y sigue siendo hoy todavía uno de los que forman el partido radical.

* *

He aquí ya a nuestro hombre hecho diputado, gracias a su «programa». Como quiere ganar dinero y hasta si se puede llegar a ser ministro, necesita obtener una «ponencia», pequeña primero, luego una de mayor importancia, de aquellas que «traen algo».

Por desgracia, éstas no abundan, y los concurrentes son muy numerosos.

Entonces se asocia con una veintena o cincuenta de otros diputados, elegidos por un programa poco más o menos como el suyo. Todos en junto forman un *grupo* y nombran presidente, vicepresidentes, secretarios, etcétera, a antiguos ministros que quieren volver a serlo. Todos se prometen mutua solidaridad y obedecen a una estrecha disciplina. Votan siempre en conjunto sobre todas las cuestiones importantes, sostienen al ministerio que les concede favores y acechan ante todo el momento de derribarlo para subir ellos al poder. Si lo logran, los

jefes se convierten en ministros y los demás en «ponentes», en espera de que caiga la cartera.

También hay que ver cómo se conduce todo el mundo el día de una interpelación: unos atacan al banco azul, los otros aplauden, interrumpen, injurian a los adversarios y hasta alguna vez hay palos en el hemiciclo.

Los buenos electores, que leen al día siguiente en los periódicos la descripción con todo lujo de detalles de estas luchas violentas, se apasionan también, y se imaginan—¡pobres gentes!— que es por el ideal socialista, o por el triunfo del radicalismo, o por la revancha de los liberales, por lo que se producen todos estos zipizapes. ¡Error, buenas gentes; es la lucha por las carteras la sola que los determina!

En cuanto a los programas, ¿podrías decirme de qué sirven? Únicamente se hace uso de ellos y se introducen en las *órdenes del día* para impedir a los adversarios entrar en la mayoría, en donde se reparten los beneficios del poder.

Si queréis una prueba, leed esta linda historia contada en plena Cámara por M. Aynard:

Había en la declaración ministerial de Briand todo un programa de reformas radicales y hasta vagamente socialistas. La izquierda esperaba que esto impediría a los progresistas votar con el gobierno.

¡Ah, bien! ¡Sí! M. Aynard se levanta:

«Hay—dice—en el programa ministerial dos partes: la parte elevada, real y si se me consiente decirlo, perpetua, de orden político, son los principios generales (conservadores) que ha venido a sentar el señor presidente del Consejo y a los cuales ha declarado solemnemente se atendería. Y esto es lo esencial, y por esto precisamente votaremos con él... El resto

(las reformas) no es más que lo que los notarios llaman *cláusulas de estilo*...

«...Yo recuerdo que hace algunos años, un orador espiritual y delicado de la derecha—y no tengo necesidad de decir que me refiero a M. Denys Cochin—subió un día a esta tribuna. Era en los tiempos funestos en que se censuraba con despiadado rigor al ministerio Méline. (*Risas.*)

«En aquel entonces ya se acostumbraba prolongar las *órdenes del día*, y aquel día se prolongaba demasiado. Ya se habían pronunciado allí las más vehementes impresiones contra el clericalismo, que jamás había sido tan ruidosamente fulminado.

«M. Cochin subió a la tribuna, y con su aire encantador, fino, parisien-se, dijo:

«Comprendo de sobra lo que significa el *couplet* sobre el clericalismo que habéis añadido a la *orden del día*; no persigue otro objeto que impedirme votar a favor de M. Méline. ¡Pues bien! Votaré por él.»

«En cuanto a nosotros—añade M. Aynard—os voy a decir en seguida lo que haremos, a fin de sacaros de esa angustia. (*Risas.*) Votaremos en favor de las declaraciones del gobierno...»

He aquí, pues, un jefe del grupo, que, «fríamente, sin fruncir las cejas» (son sus palabras) vota una *orden del día* del todo *contraria a su programa*. ¿Lo haría así, francamente, si no estuviera convencido de que nadie—y él lo mismo que sus adversarios—pensó jamás en realizar su ideal?

Pero el buen lector, que ignora todo esto, que no tiene «el aire fino, encantador y parisien» de M. Denys Cochin, cree sinceramente que el ideal es antes que nada para el diputado. Engañado por las descripciones truncadas de los periódicos, discute seriamente los programas, sigue apa-

AVISO.—Los que deseen suscribirse a **RENOVACIÓN** pueden hacerlo directamente a las siguientes direcciones: Ricardo Falcó, apartado 638, San José de Costa Rica; Maximino Fernández, calle Perdriel, N° 519, Buenos Aires (Rep. Argentina); Lorenzo Portet, calle de Cortes, N° 478, Barcelona (España). El abono es: **2 dólares al año oro ame.** En Europa: **10 pesetas al año moneda española.** PAGO ANTICIPADO.

sionadamente todas estas luchas, habla de ellas en el taller y en ellas piensa cuando está en su casa. Se imaginan los inocentes que todos aquellos bravos que tanto hablan y riñen continuamente en la Cámara, luchan por mejorar su suerte. El juego está hecho, y el elector, cogido en el engra-

naje político, del que ya no podrá desasirse, se dejará mansamente conducir por su diputado, el cual sigue al jefe de su grupo, que trata a su vez con un ministro, quien obedece al mismo tiempo al financiero.

¡A las urnas, ciudadanos!

FRANCIS DELAISI

La doctrina racional del siglo XX

II

El átomo vivo

Si la fuerza es la manifestación exterior de la actividad del átomo, una alba vaga de conciencia y de pensamiento es su manifestación interior. En la eternidad de la duración, el átomo tiene conciencia perpetua del medio inmediato. Las vibraciones y las sensaciones diversas recibidas sin cesar por sus superficies llegan todas a convergir hacia su centro, de donde divergen luego hacia las superficies opuestas. Toda esta ciencia nueva de lo infinitamente pequeño cuyo estudio directo nos es imposible a causa de nuestra enormidad relativa, es accesible al átomo por su pequeñez misma¹. Si falta al átomo elemental la amplitud de nuestra visión, la variedad de nuestros goces, la potencia y la superioridad de nuestra vida psíquica y la relativa autonomía que nos permite regular nuestros actos, dirigirlos como nos conviene y dominar nuestros reflejos cuando lo juzgamos útil, el átomo tiene en cambio la ventaja de poseer conocimientos precisos sobre la constitución íntima de la tela del mundo, conocimientos que derivan del contacto directo, inmediato, de lo infinitamente pequeño, y de la convergencia en su centro de las vibraciones diversas transmitidas por los átomos vecinos. Estas nociones concretas sobre la naturaleza íntima de la sustancia, el átomo las adquiere incesantemente y

sin que su ser sea expuesto a las sensaciones agudas que son gaje de nuestros complejos organismos. En suma, esta vida y esta conciencia elementales del átomo son bastante comparables al dormir sin ensueños del hombre y de los animales, cuando el funcionamiento de los órganos está en su *minimum*.

Para la unidad elemental de substancia, el bien o, mejor dicho, la felicidad absoluta consiste en un equilibrio perfecto de las presiones sufridas por sus superficies. Teóricamente, el átomo de éter, en el espacio intercósmico, toma la forma de un dodecaedro de faces rómbicas. Al mismo tiempo que un equilibrio ideal de las presiones sufridas, esta forma le permite un gasto mínimo de energía repulsiva. Pero los movimientos de las esferas siderales, así como el calor por ellas irradiado, turban sin cesar el equilibrio teórico de las unidades del éter, y les impiden realizar su forma ideal de dodecaedro. Sufriendo presiones desiguales sobre cada uno de sus doce planos de contacto, los átomos de éter se mueven espontánea, automáticamente, en el sentido de la menor resistencia. Escapan a lo que constituye para ellos una molestia, un desarreglo de equilibrio. Apenas logran llegar a nuevo equilibrio, se detienen. Los principios de balística que se aplican a los cuerpos pesados no regulan los movimientos de las unidades del éter imponderable.

¹ Ciencia nueva para el hombre y sólo accesible al átomo, etc.? No comprendemos ni una palabra. Traducimos al pie de la letra, aunque no nos resulte buen castellano.—TRANSCOR.

Estas unidades vivas elementales tienen una moral especial y de la cual no debería desinterarse la humanidad pensante. No solamente estas humildes mónadas de éter son los resortes siempre tendidos que mueven la vasta máquina del mundo, sino que la mayor parte de la sustancia del Kosmos está constituida por ellas. Es, sin duda, a ese vasto océano intercósmico a donde la muerte vuelve los trillones de elementos vagamente conscientes y relativamente autónomos que constituyen la vida organizada. Así, nuestras unidades psíquicas de naturaleza exclusivamente substancial y dinámica, libertadas por la muerte de la materia pesada, perderán para siempre todo recuerdo de su existencia anterior, de su paso efímero por este planeta en el seno de organismos complejos, y recomenzarán el ciclo de su existencia elemental, sin dolor ni pesar, y adquirirán de nuevo un conocimiento enteramente intelectual del mecanismo íntimo de los fenómenos físicos del mundo!

En un grado menor que las mónadas de éter, los átomos pesados poseen también sus facultades psíquicas elementales. Se puede decir que en los elementos pesados o materiales el estado de conciencia elemental alcanza su grado mínimum. Se trata sin duda de una especie de estado letárgico de los átomos, en el cual el sufrimiento y el placer llegan a confundirse en sensaciones indistintas que no desaparecen sin embargo completamente. Habiendo perdido por una causa cualquiera una parte variable de su sustancia expansiva, los átomos pesados permanecen comprimidos en los agregados materiales por la presión centrípeta de los átomos de éter que los rodean. Así, la cohesión interatómica o

intermolecular de los cuerpos pesados no es el resultado de una virtud atractiva que los átomos poseerían. No. La cohesión de los cuerpos es al contrario un estado de malestar, de contrariedad, del cual se libran los átomos apenas pueden. Así se explican muy fácilmente, no sólo todos los fenómenos de vaporización, de volatilización, de sublimación, sino también todos los misterios de la radioactividad y de la desintegración atómica.

A pesar de que la cantidad de materia pesada contenida en el Kosmos es absolutamente insignificante relativamente a la del éter imponderable, las agregaciones ponderables que constituyen los cuerpos siderales encierran un número tan formidable de átomos que las presiones del éter sobre sus superficies bastan muy a menudo para mantener su masa interna en una especie de fluidez muy comparable a la de los metales en fusión. Como dichas presiones se ejercen de todos lados sobre estas masas en estado líquido, las presiones del éter ambiente les dan las formas esferoidales que observamos. Las diferencias en las presiones del éter que rodea a los cuerpos ponderables situados en la superficie de las esferas siderales son las que producen los fenómenos hasta hoy tan mal explicados de la pesantez estática y de la caída de los cuerpos. Las diferencias en las presiones del éter desigualmente calentado y dilatado por el calor solar en cuyo seno nadan todos los satélites del Sol, son las que producen y mantienen todos los fenómenos hasta hoy inexplicados de la gravitación sideral.

ARÍSTIDES PRATELLE

(Seguirá)

El carácter

¿Qué es carácter?

Es índole, genio, condición, disposición del alma que nos inclina a hacer una cosa más bien que otra. Es tesón, firmeza, energía, cualidad exterior que

impone respeto. Y también significa, en una acepción anticuada, marca que se pone a las ovejas para que no se confundan los rebaños. ¡Pero fenómeno curioso de la lengua! La palabra

que ha servido para denominar la señal de las manadas, de los rebaños de carneros, significa, como por antítesis, una virtud excepcional que singulariza a los hombres, esto es, los saca y distingue de la manada.

¿Qué es carácter como virtud?

Es el genio, es la disposición al bien, es la prudencia, es la justicia, es la fortaleza, es la templanza. En el catecismo del P. Ripalda se nos enseñó y explicó—cuando niños—que las cualidades matrices—digámoslo así—del alma son: prudencia, justicia, fortaleza y templanza; las mismas que, siglos antes de Jesucristo, Platón, en su precioso libro *La República*, dechado de concepción de repúblicas, declaró las propias virtudes para la existencia del hombre sabio, del hombre moral y político, y de toda sociedad. Así, pues el carácter—a mi juicio—es la virtud por excelencia comprensiva de toda moral superior.

Los verdaderos grandes hombres son grandes caracteres, que debemos imitar para aprender a practicar la mejor vida. Un hombre dispuesto al bien, y por consiguiente resuelto a mejorar su condición, querrá saber cómo debe arreglárselas para lograr su propósito. Y como imitando se aprende, aprenderá la mejor vida escogiendo para imitarlo, e imitándolo, aquel entre los grandes caracteres de la humanidad que más cualidades exhiba parecidas a su índole e inclinaciones. Y nada de lo propio—más que el mal—perdemos con seguir a un grande hombre, ni siquiera personalidad; antes bien la conquistamos, que si nuestra pobreza de intelecto y poquedad no da para más, algo, que es mucho, hemos conseguido en la tierra: ser esforzados imitadores de la grandeza, y no perdidos por el desconcierto de una vida sin idealidad ni sello de progreso; y si Natura, pródiga con nosotros, puso alas a la inteligencia y fabricó de diamantes el corazón ¡qué camino mejor y más rápido para descollar cuanto antes y remontarnos hasta llegar a ser imitados, que seguir al principio las grandes huellas! Ciertamente que de

por sí la vida es maestra sin rival; pero pide cruel experiencia; y más cuerdo es prevenir las caídas que aprender a tenerse firme cayendo; y ¡cuánto más seguro irá el pie en nuestra senda, si en la oscuridad de nuestra ignorancia desvalida nos alumbró y conduce como Virgilio a Dante, un genio o un santo varón! Sepamos, pues, de la vida y notables hechos de los grandes caracteres y escojamos el que nos satisfaga más para apacentar nuestra mente, para confortar nuestra alma y para escudarnos con él en la acción.

Los verdaderos grandes caracteres han dejado libros que, como esas varitas mágicas de los cuentos de hadas, crean dentro de nosotros cerúleos paisajes, emociones dulces, encanto, bienestar, anhelo de una vida superior dignificada por un fuerte impulso hacia el bien sublime; que poseen efectivamente la virtud de empujarnos a acometer grandes empresas y de elevarnos a las excelsas regiones en donde el hombre ciñe su frente con una guirnalda de estrellas. Algunos no han escrito, pero la Historia relata sus hechos memorables, que el espíritu contempla maravillado y complacido, como pruebas irrefutables, en el mar de vulgaridad y pequeñeces, de que arde en el hombre el soplo divino, lo cual le reconcilia consigo mismo, le presta satisfacción de vivir, y, aunque por momentos tan sólo, le hace abismarse en el infinito de que ha salido y a donde volverá ineludiblemente.

Carácter y verdad, valor y entereza y perseverancia, todo junto es carácter, que excluye la doblez, el miedo, la flaqueza, la inconstancia.

En los tiempos que alcanzamos corre el mundo desalado tras el oro, y por éste privan el engaño, la traición, la cobardía; y las fortunas deslumbran, con tan inmundos soldados conquistadas. Pero el brillo del oro no empaña el brillo del carácter, y los millonarios mismos besan el polvo o se desvanecen como los fuegos fatuos en la luz del sol, frente a los grandes caracteres, porque el brillo de la virtud excelsa, aun en medio de la corrupción de Ba-

bilonia, aniquila la opulencia y anoda el desparpajo de las conciencias.

La voluntad educada para huir siempre de la mentira, sin desmayar, para ser fiel a sí mismo a pesar de los peligros que rodean la personalidad cuando nos adulan, cuando con dádivas quieren quebrantar nuestra virtud, cuando nos amenazan, cuando nos aíslan, es la potencia que nos mantiene erguidos como roca que no tumban las olas, y que, en las grandes tempestades de la existencia nos hace volar por las alturas serenas. La voluntad de buscar lo mejor, de ser bueno, de ser justo, de no traicionar nuestros ideales, cualesquiera que sean las espinas que en tan sagrada empresa se nos claven en el pecho, es lo que glorifica al hombre y le da una fuerza concebible por los grandes ejemplos con que se ilumina la Historia: es lo que hace enérgicos y grandes a los pueblos; es lo que crea la civilización verdadera; es lo que nos hace señores del mundo.

Sobre la falsedad nada se edifica. ¿Para qué sirve un hombre mentiroso? ¿quién puede contar con él? El mal sólo crea llanto y clamores de venganza. Parece paradoja, pero ni los bandidos pueden vivir sin el bien: una cuadrilla debe ser prudente, leal, practicar la equidad, porque si no qué iba a poder formarse, si cada bandido estuviese acechando la oportunidad de debelar a sus compañeros, si se repartiera el botín desigualmente, si cada uno sintiese su espalda a descubierto. La verdad y el bien engendran la vida y son creadores eternos.

Donde el desatentado amor al oro, al lujo, al boato, crean la miseria física y moral, y hacen de la conciencia una mercancía, de la dignidad una palabra hueca, del pudor un valor comercial, la sociedad está desquiciada: pueblos en tales condiciones pierden muy pronto la personalidad y descenden a la esclavitud. Y si el hombre se proclama libre y cree de veras que la libertad entendida rectamente es el supremo bien, no debe ser ni siervo del hombre, ni juguete de las pasiones, ni esclavo de las cosas.

Vemos a los pueblos perder su soberanía por estimar en más el oro que la virtud; vemos anegarse la tierra en sangre allí donde no se ama la vida virtuosa y fuerte; se hunden las sociedades en donde faltan los hombres de carácter.

La libertad es el único bien real del hombre. Pero medita en ella, porque de esa palabra se ha abusado mucho, se ha empleado también por muchos sin darle su verdadero sentido. Tengo la convicción profunda de que quien no se ha emancipado de todas sus cadenas o no se esfuerza en ello o no ha llegado siquiera al convencimiento de que por allí es por donde comienza la libertad humana, la santa libertad, ése hablará de ella sin comprenderla, ése, llegada cualquier hora crítica individual o colectiva será esclavo: para ser libre, para gozar íntimamente de la libertad hay que comenzar por comprender el significado del término en su real acepción. Y sólo somos libres cuando no nos atan en nuestras justas y grandes determinaciones, ni la pasión misma, ni las cosas, ni el miedo, ni aun el de perder la existencia, con tal de realizar un bien sublime. Entonces cumplimos noblemente nuestra vida, entonces nuestra alma es libre, y se ha adornado con galas costosas que imponen respetuoso silencio de admiración. Con todos sus inventos, con todo su oropel y sus riquezas, con toda su ilustración el mundo valdría bien poco si no guardase en su seno caracteres; éstos son los que crean la civilización, éstos son los que prueban que el hombre vale algo, porque la laceria de las almas no la cura el oro ni el boato sino la virtud, el carácter. Siguiendo los pasos de la humanidad se verán como jalones en la ruta que ha seguido, los grandes caracteres; y creen unos que Dios mismo los coloca, que son providenciales, para enseñar al mundo su camino; y otros, que son la florescencia de una civilización, en una época: la Naturaleza parece que acumula en un solo hombre todo lo conquistado durante un largo período,

y al presentarlo a la humanidad* en una síntesis superior, le muestra al mismo tiempo nuevos derroteros.

El carácter vale más que la ilustración sola. Vale más porque ésta, en sujetos menguados, veletas y cobardes, aguza el entendimiento, señala el camino para la maldad y facilita las escapadas. El carácter solo, como disposición al bien, como rectitud inquebrantable es brújula que no engaña; y basta esto para encumbrar al hombre: la práctica de la vida lo enseña y nos ofrece ejemplos numerosos de la verdad de nuestro aserto.

Los hombres sanos, que experimentan la dicha de vivir, educando la voluntad pueden legar a sus hijos tan alta virtud. Los hombres sanos he dicho, porque los enfermos del cuerpo o del alma, por desgracia enfermedades son las que legan a sus descendientes, cumpliendo la ley de la herencia. Los sujetos con exceso aficionados al licor y a las mujeres son débiles de carácter; y lo que es peor, las consecuencias de tales excesos no se circunscriben a ellos sino que las transmiten a sus hijos, en los cuales aparecen las mismas tendencias junto con enfermedades del sistema nervioso y de la sangre. Y los pobres seres indefensos ponen sus picositos en las playas de este mundo ya tocados de males y manchados para siempre. La Medicina ha sido hasta la hora impotente para transformar, vigorizar y curar tan pobres naturalezas. ¡Si amáis a vuestros hijos, cuidaos vosotros mismos mucho, mantened con perseverancia la higiene del cuerpo y del alma, que es lo único que puede dar al hombre una salud completa y la dicha de vivir! Ya en estas condiciones pueden desenvolver el carácter. Los lacedemonios educaron sus hombres de manera que durante quinientos años el carácter floreció en Esparta. Los romanos an-

tiguos hicieron otro tanto. La filosofía estoica y la cristiana pura también educan en el mismo sentido.

Cada cual debiera preguntarse a sí mismo qué lugar ocupa en la sociedad, qué misión le corresponde en la tierra y cuál camino debe escoger para coronar su carrera. De otro modo el hombre va dando palos de ciego: hoy ensaya un orden de cosas; mañana cambia de conducta porque sí; después vuelve a emprender la senda que había abandonado; ahora piensa una cosa y más tarde la contraría y nunca sabe realmente lo que quiere ni para qué vive; y muy a menudo el casancio de vivir lo anonada y hasta piensa en el suicidio. La vida se explica y se recorre con entusiasmo cuando sabemos a dónde vamos y qué es lo que deseamos.

¡Cuántos no podrían contestarse ya cuál es el propósito de su existencia, cómo quieren que la vejez los alcance! Porque no creo que se pueda estar satisfecho contestando como contestaría una bestia, si pudiera: trabajar rutinariamente, comer mal o bien, dormir y morir como se seca la rama de un higuerón. Mejor es que la muerte nos sorprenda con la cabeza llena de esperanzas que son estímulos dulces para el trabajo; con el corazón repleto de amor, que produce la satisfacción inefable de vivir; con el alma dispuesta en todo momento al supremo bien, que ahuyente el temor a la muerte; o que, al coronar de plata nuestras sienas, el deber cumplido, la satisfacción de haber hecho cuanto se pudo por el ideal que sustentamos, o la victoria conquistada, arranque de nuestra boca una sonrisa de satisfacción; y cuando nos durmamos en el regazo de la Eternidad sea con el sueño del niño en la cuna, sin temores y sin sobresaltos.

CLAUDIO GONZÁLEZ RUCAVADO

COMPañEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

IMP. ALSINA, SAN JOSE, C. R.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑÓLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catódrico, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujo, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujo
MARIA

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

Brazo y Cerebro

Revista sociológica ilustrada. Número suelto: ₡ 0.30.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

Vida anarquista

por ANSELMO LORENZO. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Coeducación

por LAUREANO D'ORE. Conferencia: ₡ 0.20.

Entre campesinos

por ENRIQUE MALATESTA. Folleto comunista: ₡ 0.20.